

MICHELLE RAY-GAVRAS PRESENTA

DENIS PODALYDES KAD MERAD



Donostia Zinemaldia
Festival de San Sebastián
SECCIÓN OFICIAL

EL ÚLTIMO

UNA PELÍCULA DE

COSTA-GAVRAS

BASADA EN EL LIBRO DE

CLAUDE GRANGE Y RÉGIS DEBRAY

© ÉDITIONS GALLIMARD 2023

MARILYNE CANTO

CON LA PARTICIPACIÓN DE

ÁNGELA MOLINA
CHARLOTTE RAMPLING
HIAM ABBASS
KARIN VIARD

SUSPIRO



UNA PELÍCULA DE COSTA-GAVRAS BASADA EN EL LIBRO DE CLAUDE GRANGE Y RÉGIS DEBRAY
Y LE GUIONER SUIZOS: ACCOMPAGNER LA FIN DE VIE. EL CINEFRANÇAIS
FINANCIADO POR COSTA-GAVRAS, SUELO, MARIE-FRANÇOISE MICHEL, Y LA PRODUCCIÓN MARIE-DOLLE
YANNIS NATHANIEL DUBAHOUD, OLIVIER FROSTAN, ANTHONY DE JARVIS, CATHERINE MENENGEZ-SCHMITZ
REVISORAS: NATHALIE PRADON, ANNE JULIEN SICART, CAROLINE REYNAUD
CLAUDE BÉGINNÉ, DANIEL SOROTIN, Y LA DIRECCIÓN DE PRODUCCIÓN CHRISTINE AMARDES
PRODUCCIÓN POR MICHELLE RAY Y ALEXANDRE GAVRAS, UNA PRODUCCIÓN V&P PRODUCTIONS
CON EL APOYO DE CANAL+ Y LA PARTICIPACIÓN DE FRANCE TÉLÉVISIONS CNC - ICS DE
EN COLABORACIÓN CON B&B FILMS, PLATON, L'ÉTOILE, EN COLABORACIÓN CON CNC
CON EL APOYO DE LA RÉGION ÎLE DE FRANCE EN COLABORACIÓN CON CNC
DISTRIBUCIÓN: WANDA VISIÓN

SINOPSIS

En un diálogo amistoso y apasionado, el médico Augustin Masset y el escritor Fabrice Toussaint se enfrentan cara a cara, uno con el final de la vida de sus pacientes, y el otro con su propio destino.

Llevados por un torbellino de visitas y encuentros, ambos se embarcan en un sensible viaje entre el humor y el llanto: una aventura humana en el corazón de todas nuestras vidas.

Ficha artística

Escritor, Fabrice Toussaint: Denis PODALYDÈS

Doctor Augustin Masset: Kad MERAD

Florence Toussaint: Marilyne CANTO

Estrelia: Ángela MOLINA

Sidonie: Charlotte RAMPLING

Oncóloga: Karin VIARD

Ficha técnica

Escrita y dirigida por: Costa-Gavras

Basado en el libro “El Último Suspiro” de Claude Grange y Régis Debray

Música: Armand Amar

Director de fotografía: Nathalie Durand

Cámara: Olivier Rostan

Montaje: Costa-Gavras y Loanne Trevisan

Producido por: Michèle Ray Gavras y Alexandre Gavras

ENTREVISTAS

COSTA-GAVRAS

Tenemos que prepararnos para el final de la vida como lo haríamos tras la gran celebración que es la vida: hermosa, aventurera, dolorosa, decepcionante o entusiasta; en resumen, única.

¿Le afecta la idea de la muerte?

La muerte no me "afecta" personalmente, pero para mí sigue siendo un escándalo inexplicable y cierto. Miro al horizonte del fin de la vida, que empieza a estar cada vez más cerca, con sus precipicios y sus abismos.

Son hombres como Edgar Morin o el cineasta portugués Manoel de Oliveira, sus vidas y su irreductibilidad lo que me "afecta" personalmente.

Edgar Morin y yo -más de 100 años- hablamos de cine y de películas del pasado. Él tiene una memoria más precisa que yo, tanto sobre cine como sobre los temas sociales y de actualidad sobre los que no dejan de escribir con lucidez.

Hace unos años presenté al cineasta portugués Manoel de Oliveira en la Cinémathèque con motivo de su 101 cumpleaños, con la que fue su última película, *El extraño caso Angélica*. Concluí invitándole a venir a presentar su siguiente película al año siguiente. Vino dos años más tarde para presentar *Gebo y la sombra*.

Cuando no estoy trabajando, a veces pienso en ello mientras la edad avanza inexorablemente. Y con más fuerza cuando me lo encuentro, como con la muerte de Jacques Perrin. Era el penúltimo actor, escritor y músico superviviente de Z. Es una emoción poderosa que te hace sentir sereno ante lo inevitable.

La necesidad de un esquema surgió de la lectura del libro de Claude Grange y Régis Debray.

Intenté hacer realidad mis utopías y deshacerme de mis fantasías y miedos haciendo una película.

Siempre trabaja muy duro para preparar sus películas. Es ésta diferente de las demás, con el "elemento humano" en primer plano?

Lo que tú llamas, "elemento humano", yo lo llamaría "esencia humana". Es la más compleja de las entidades vivas. Tiene alma, razón, entendimiento y muchas otras facultades. Da lugar a una complejidad infinita y, al mismo tiempo, a una gran simplicidad ante los problemas que debe afrontar. En particular, el final de la vida.

Empecé revisando los escritos de los filósofos.

Vladimir Jankélévitch - seguí sus conferencias en los años setenta. Edgar Morin y su libro *L'homme et la mort (El hombre y la muerte)*, que me retrotrajo a Heráclides de Éfeso -500 a.C.- y su singular frase: "*Vive tu muerte y muere tu vida*".

Muchas personas han reflexionado sobre el final de la vida y han aportado ideas filosóficas que parecen rivalizar con la originalidad de Heráclides, que estableció e incluso construyó :

"La vida sólo es verdaderamente vida cuando es algo distinto de la vida... Excitante y arriesgada. Lo vivo está así en el origen de la cultura y se convierte en la fuente misma de la creatividad humana".

También he revisitado a Albert Camus, a Martin Heidegger y su singular *Ser-contrala-muerte*, a Castoriadis sobre *Tánatos*, y sus reflexiones sobre las debilidades de la edad y su terror al final.

Por último, Aristóteles y su "*pienso, luego existo*". Con el pensamiento de que un día ya no seré, de ninguna otra manera.

Y volví al *Último Suspiro* con sus historias personales y entrevistas con Régis Debray y Claude Grange. El filósofo y el médico, y su credo sobre el final de la vida.

Así que escribí el guion pensando en mi credo. Un doble credo, íntimo y cinematográfico.

¿Necesitamos aprender a morir?

Sin duda.

Sócrates dijo: "*Filosofar es aprender a morir*". Montaigne repitió: "*La filosofía es la premeditación de la muerte y la premeditación de la libertad. Saber morir nos libera de toda sujeción y contradicción*".

Podría citar a multitud de pensadores que dicen lo mismo con sus propias palabras.

Pero rechazamos la muerte. La castigamos, la negamos. La convertimos en algo cómico o ridículo. Al mismo tiempo, estamos intrínsecamente aterrorizados y horrorizados por nuestra propia muerte o la de nuestros seres queridos.

Hace un tiempo, hubo gente cercana que me contó los últimos momentos de vida de un pariente. Uno de ellos, consternado, imploró al médico y a su familia: "*No me dejéis marchar*". Me impactó, conociendo la fuerza, la ironía, la autoestima y el sentido poético de este hombre.

El terror a la muerte, la falta total de preparación, conduce al rechazo de lo ineludible, al carácter de lo absoluto. En otras palabras, al rechazo de vivir como mortales. Esta negación ha llevado al hombre a convencerse de que el fin es sólo parcial. Esto es lo que nos diferencia de los animales. Tenemos el espíritu, que es inmortal, a diferencia del cuerpo material, perecedero.

Con esta certeza podemos transgredir, romper la lógica de la naturaleza donde todo muere.

Es una simbiosis histórica y deletérea, debida a la negación de esta realidad humana para todos.

Esta negativa, eludida por todas las religiones, no ha logrado ser plenamente aceptada ni crear serenidad. Ni mucho menos. Pero es un refugio formidable, digno de respeto, y que yo respeto.

La película muestra que, de hecho, casi ninguno de sus personajes se rinde. Cada uno, a su manera, quiere resistir. Ésa es la gran fuerza de la película...

Querer irse de pie, es decir, con dignidad, es el tema de la película.

Los cuidados paliativos, ya sean domiciliarios u hospitalarios, pueden contribuir a alcanzar esta dignidad.

Los personajes de *El Último Suspiro* son hombres y mujeres reales. Los amé, a menudo los admiré y los filmé con pasión.

¿Es el final con Karin Viard un mensaje contra la rendición? ¿Aún hay vida, pase lo que pase? ¿Vive la vida?

El encuentro cara a cara entre la doctora Eléonore y el filósofo es una propuesta y un contrato. El más noble: invitarle a luchar, a luchar por su supervivencia y ayudarle a escapar de la soledad que le asola ante lo desconocido.

Significa hacerles comprender y aceptar la abnegación y el abandono que son necesarios para disfrutar de la vida a pesar de todo.

El ejemplo de esperanza que Eléonore ofrece a Fabrice es convincente, definitivo y poético.

Hay un debate sobre el final de la vida. ¿Cree que ha hecho una película política?

El debate es política.

Cuando se trata de personas y del final de la vida, hay aún más política de por medio.

El debate fue evitado o congelado por fuerzas, certezas personales, grupos y dogmas de todo tipo, centenarios o contemporáneos.

Ya no parece aceptable que las personas al final de su vida se vean sometidas a verdades que a menudo distan mucho de las suyas.

La creación de unidades de cuidados paliativos -en el hospital o a domicilio- me parece una buena solución. Pero su número es miserable.

La responsabilidad de los gobernantes con respecto al final de la vida es colosal.

Los políticos tendrán mucho que debatir, decidir e imaginar. Con un pensamiento poético también, y totalmente al servicio del bien moribundo.

DENIS PODALYDES

Cuando Costa me propuso esta película, me dijo que se llamaría *Le Dernier Souffle (El Último Suspiro)*. Le dije que sí, claro, pero todavía no sabía nada. Como todos los actores, imagino: si Costa-Gavras te llama para un papel, dices que sí, antes que nada. El sí viene antes de cualquier tipo de lectura. Ése fue mi caso.

Me encantó recibir la llamada.

Entonces descubrí el libro *Le Dernier Souffle (El Último Suspiro)*, de Régis Debray y el Dr. Claude Grange. El libro precedió al guion. Leí el guion mucho después. Y el libro me fascinó. De todos modos, ya había dicho que sí, no había vuelta atrás, estaba comprometido...

Me dije a mí mismo: esto es descarado, atrevido y bueno, especialmente a mi edad, ya que mis padres son mayores. Todas estas cuestiones, por supuesto, son actuales y pertinentes, pero a menudo se ignoran. Y yo mismo no sabía mucho al respecto.

Sólo había tenido un contacto con los cuidados paliativos, muy tarde, ya que tenía 40 años. Mi pareja de entonces solía ir a Jeanne Garnier, ese centro de cuidados paliativos que está en el 15°. Fui con ella una vez y estaba aterrorizada. La muerte, la inminencia de la muerte, acompañar a moribundos, para mí era impensable, terrorífico, detestable. Reaccioné mal. Quería marcharme.

Cuando hablé de la película a mis amigos y a mi padre, que asistió al rodaje y participó en él, la inquietud hablaba por sí sola.

Incluso la palabra provoca inquietud.

Hoy no decimos "ha muerto", decimos "se ha ido". No decimos "tu padre ha muerto, tu madre ha muerto", decimos "tu padre se ha ido".

Desde el Covid, a la gente muy joven le persigue la muerte. Hay una ansiedad en el ambiente mezclada con miedos muy arraigados. Les atormenta de un modo sorprendente, para nada pacífico, es como la sensación de una muerte colectiva. Es una idea del fin del mundo, e incluso a los niños más pequeños les atormenta la idea de que se va a acabar. Piensan que no sólo se va a acabar para ellos, sino para todos, y quizá no dentro de mucho.

Y luego está la vejez... pero no sólo. Como en la película, también hay pacientes jóvenes en cuidados paliativos. Ese es el lado escandaloso de la enfermedad terminal, el rechazo absoluto a contemplar el propio final a una edad en la que la vida debería triunfar, en la que el cuerpo debería florecer, ahí está el personaje que no entiende por qué está en cuidados paliativos. Esta tragedia, la muerte que golpea demasiado pronto, rara vez se trata, salvo en las películas bélicas y de aventuras, donde la muerte de un joven héroe es una tragedia ostentosa, y siempre que la violencia sea espectacular.

Me alegré mucho de rodar con Kad, y pasamos momentos de verdadera alegría. En el papel de este médico, aporta a la vez una naturalidad alegre y simpática, y una sencillez, una lucidez muy sutil, es una seriedad ligera, algo difícil de transmitir en la pantalla. Para Costa, fue una gran idea pedirle a Kad que interpretara este papel.

Cuando conocí al personaje real, el Dr. Grange, sentí la vitalidad particular de estos médicos, para quienes la muerte es una experiencia familiar. El contacto es directo, el calor inmediato, los ojos llenos de vida y generosidad. Creo que eso es esencial. Podríamos haber elegido a otros actores en mi lugar, pero para este médico necesitábamos la humanidad de Kad, esta alegría, esta generosidad que emana de él, sí, era esencial para la película. Así es como se aporta belleza, sobre todo cuando se habla de la muerte: hablándola con sencillez y generosidad, con luminosidad.

KAD MERAD

Soy hipocondríaco. Peor aún, no quiero saber nada.

Y, sin embargo, me pasé todo el rodaje interpretando al médico que busca algo, que no tiene miedo del hospital, que habla con las enfermeras, con los médicos, con los pacientes... que habla de la muerte todo el tiempo, ¡del final de la vida!

Pero también soy muy optimista y feliz, y no quiero morir. Moriré cuando tenga que morir, de verdad. De momento, mi vida va viento en popa.

Le Dernier Souffle (El último suspiro) es la historia de un médico que acoge a un escritor en su mundo, y realmente tuve la impresión de que Denis era este escritor, totalmente a la búsqueda de la más mínima información, y a veces incluso sufriendo, para ver a los pacientes, para ver cómo el médico habla con los pacientes. Es todo muy poderoso. Al final, casi parece un documental.

Denis es un actor que puede hacer cualquier cosa, en el cine o en el escenario - es ante todo un actor de la Comédie Française. Puede interpretar cualquier cosa. Encontramos muy pronto nuestra relación, él el intelectual y yo el médico.

Lo que me gustaba era cómo nos miraba Costa, su mirada constante. Se ve cómo nos mira porque siempre está detrás de la cámara.

Que alguien me mire tan de cerca normalmente me molestaría, pero con Costa no me molestó en absoluto. Te está mirando, pero está constantemente ajustando y afinando, y siempre se trata de los pequeños detalles.

No habla. Es casi como un entrenador que te observa, que conoce tus cualidades y tus defectos y que intenta guiarte hacia tus cualidades. Nunca se ha sentado detrás de un combo a 200 kilómetros de distancia. No se desanima, no se rinde.

Me dijo: «*Si no estoy contento, sigo adelante*». Es impresionante.

Está ahí y su presencia me ha guiado. Es muy agradable rodar con Costa, un verdadero placer como actor, con unas indicaciones increíbles.

Y cuando nos dice: «*Es buena, la tenemos*». Eso significa que hemos hecho un buen trabajo. Y ya está.

CHARLOTTE RAMPLING

Cuando acepto una película, es por varias razones. En primer lugar, por supuesto, quién va a dirigirla.

«*El Último Suspiro*» empezó con mi encuentro con Costa. Me animó mucho esa reunión y el tema me conmovió.

Y me dije a mí misma: Dios mío, esta es una cuestión extremadamente sensible e importante que necesita desesperadamente que se exponga, se hable y se experimente con todo tipo de formas diferentes de abordarlo sin miedo. De embellecerlo y comprenderlo.

En el guion que ha escrito Costa, se trata exactamente de eso. Cómo se hace, cuáles son las distintas formas de abordar el asunto, cómo se ayuda a la gente a morir. ¿Cómo conseguir que alguien acepte su muerte y la de su familia cuando sabes que se acerca? Porque la persona que tiene que irse tiene que aceptarlo y estar realmente preparada».

Costa lo abordó con diferentes casos, experiencias y acontecimientos. Para mí, es evidente que hay que acompañarse de este tipo de trabajos para empezar a entender y acercarse al tema.

He hecho muchas películas en las que no aparecía mucho, pero era la trama, el director, el escenario, y lo que tenía que decir, lo que me importaba. No necesitas necesariamente mucho tiempo para causar impacto. Lo que cuenta es lo que puedes dar en una escena para hacerla real y necesaria.

Sólo tengo una escena en la película, pero es muy importante. Proporciona el punto de partida y vemos con el médico que hay otras formas de acercarse al final de la vida cuando estás cerca de la muerte.

MARYLINE CANTÓ

Mi primer encuentro con Costa fue en su casa y debo admitir que me impresionó bastante y me intimidó un poco. Pero enseguida me tranquilizó y hablamos con mucha sencillez y naturalidad sobre la vida, la muerte y el final de la vida, lo que es bastante raro para un primer encuentro, pero son precisamente los temas de la película. Era la primera vez que me expresaba con tanta libertad sobre estas cuestiones.

Luego hablamos en detalle sobre el guion, las situaciones y los personajes. Fue un momento real, auténtico, y en ningún momento sentí que me estaban haciendo un casting, sino que se trataba ante todo de una reunión. Cuando me iba, me dije: no sé si voy a hacer esta película (¡esperaba que sí!), pero me alegré de haber compartido este momento con Costa.

Ya conocía a mi «marido», Denis Podalydès. Habíamos rodado juntos una película hace unos años y nos llevábamos muy bien. Cuando me enteré de que iba a ser su «esposa», su compañera, pensé que era una buena idea, que nos llevaríamos bien.

Compartimos el mismo gusto por el teatro y la literatura, pero también una especie de dulzura en la interpretación. En la película, tuve la sensación de que compartíamos el mismo enfoque de los textos, los personajes y, a menudo, el mismo humor.

Tengo la impresión de que formamos una pareja muy creíble y de que esta auténtica complicidad es palpable. Además, la edad y la estatura son similares.

Hay una especie de obviedad entre nosotros y, con Denis, todo es sencillo. En la película, le toco mucho, estoy físicamente cerca de él, tengo la impresión de ser a la vez maternal y fusional con mi «marido». Me gustó mucho actuar con él y creo que el sentimiento es mutuo.

Nunca había actuado con Kad Merad. Desprende una profundidad y una autoridad natural que me parecen impresionantes. Jugando con él, vi realmente a un médico que estaba cerca de sus pacientes, que se preocupaba de verdad por ellos, y me conmovió mucho la bondad y determinación naturales de este médico.

En rodaje había mucha concentración y una especie de respeto por la película, respeto por Costa, que era muy preciso, muy exigente y siempre elegante. Pocas veces he visto un rodaje tan unido y armonioso.

KARIN VIARD – ONCÓLOGA

Volver a trabajar con Costa después de 20 años es una experiencia asombrosa: a la vez extraña y familiar. He hecho bastantes películas con bastantes directores, pero no sé... trabajar en *El último suspiro* ha sido como volver a mis raíces.

Hice una película hace 20 años con Costa y Michèle. Porque «Costa y Michèle» son una pareja. Crean juntos. Ella produce, él dirige, pero tengo la impresión de que están en un diálogo continuo.

Trabajar con Costa y Michèle es como formar parte de una familia de afecto y trabajo.

Así que he redescubierto todo esto, y no parece que hayan pasado 20 años.

Sí, tengo un papel muy corto, sólo dos días. Pero a veces aceptas papeles por razones que van más allá del propio papel, como una forma de honrar el viaje de un cineasta. Para decir: 'Me has invitado al postre, estaré encantado de ir'.

Además, me gusta la idea de que Costa, a su edad, decida hacer una película sobre el final de la vida. Siempre me parece interesante cuando los directores hacen películas sobre lo que más les preocupa en ese momento.

Él siempre estuvo comprometido políticamente. Sabe hablar de lo que le preocupa.

Y hoy, a los 91 años, su decisión de hacer una película sobre el final de la vida tiene todo el sentido. Y lo hace con su propia visión, con su forma poética y cariñosa de mirar a la gente y al actor. En este sentido, encuentro esta película como sus otras.

Mi madre acaba de morir.

Así que conozco el final de la vida, los cuidados paliativos, y puedo entender que sea un tema que asuste a los que no se preocupan.

Pero si lo miras desde el lado de la vida, no de la muerte, verás que es un tema esencial que nos toca a todos.

ELISABETH QUIN – PERIODISTA DE LA CADENA **“ARTE”**

¿Qué me llevó a decir que sí a “El último suspiro”?

Varias cosas.

Evidentemente Costa-Gavras, un cineasta increíble, un hombre que tiene una mirada muy aguda sobre los temas de su tiempo, en este caso, el final de la vida. Régis Debray y Claude Grange, los autores del libro sobre el final de la vida y de la noción que puede parecer escandalosa, pero es fundamental: «tener éxito en la propia muerte». Los tuve en mi programa, hace un año y medio.

Y por otras razones más personales. A saber, la muerte de mi madre, hace dos años, en cuidados paliativos en un lugar milagroso de París llamado *Jeanne Garnier*.

Todo ello combinado con una dosis de -si no narcisismo y egoísmo- al menos con una pregunta: *¿Por qué se le ocurrió a Costa hacerme actuar? y ¿Cómo acabé con un guion en el que está escrito: «Élizabeth, ¿estrella de la tele?»*.

Me partía de risa y me ponía de los nervios. No dejaba de pensar *¿Estaré a la altura?* Porque interpretarte a ti mismo es muy extraño. Para mí, los actores, por definición, salen de sí mismos y se convierten en personajes. Pero a mí me pidieron que hiciera de mí misma. Así que tuve que actuar.

¿Qué significa ser uno mismo? En fin, con todas estas preguntas, no pude resistirme a la invitación de Michèle Gavras, la mujer de Costa. Así que dije que sí con mariposas en el estómago y mucha curiosidad. Y no me arrepiento.

Una película es fluida, se desarrolla delante de ti. Un rodaje es una especie de puzle improbable que encaja milagrosamente durante el montaje.

Pero aquí, en el plató, todo el ajetreo es fluido. Esperamos, ensayamos, volvemos a ensayar, hacemos un ensayo técnico. Intento mezclarme en el barullo que será, milagrosamente al final del día, un minuto o dos o tres, de una escena que tendrá sentido.

Así que era un observador: dentro/fuera. Es una posición extraña porque estoy dentro y fuera.

Observo y estoy, no es lo que hago en televisión. Es una experiencia maravillosa desde esta perspectiva. Ser al mismo tiempo yo y otro que soy yo, y dentro y fuera de la escena.

RÉGIS DEBRAY – FILOSOFO COAUTOR DEL LIBRO **“EL ÚLTIMO SUSPIRO”**

«*Filosofar es aprender a morir*», nos dicen en el colegio. Tonterías.

Seamos modestos. Sólo la música -el Réquiem de Mozart o una cantata de Bach- puede hacernos sentir la presencia de la nada, hacer resonar su eco, entre la carne y el cuero. Y las religiones, cuya función social es ésta, y probablemente su verdadera razón de ser, pueden meditar sobre su significado, y hacer que lo aceptemos más o menos.

Aunque la muerte en masa, en puro número, ya no nos asusta, hemos aprendido a acercarnos a ella, gracias a los holocaustos, las epidemias y las guerras. Más allá de cientos, miles o incluso millones, dominamos el arte de lidiar con la muerte.

Es cuando nos enfrentamos a una sola muerte cuando nos ponemos nerviosos, cuando perdemos el equilibrio.

Ya no tenemos palabras para la muerte. Hablamos del final de la vida. Creamos frases que bordean la verdad, pero nunca la afrontamos. Ya no sabemos qué hacer con nuestros muertos. Los quemamos, los alejamos de nosotros. Antes cubríamos las puertas con telas negras bordadas con iniciales plateadas. Los muertos cruzaban la calle en sus camiones o coches, y nos parábamos a dejarles pasar... Llevábamos ropa de luto. Se acabaron los brazaletes para la familia, ni siquiera la corbata negra. Hoy preferimos el luto minimalista».

Morir es ahora partir. El tanatorio se convierte en un lugar de descanso, o en una sala de despedidas. Morir, despedirse. Eutanasia, suicidio asistido y cuidados paliativos. Incluso la extremaunción ha pasado a llamarse «sacramento de los enfermos». Eufemizamos, suavizamos. Razón de más para elogiar, en esta época obsesionada por las «nuevas estrategias de prevención para una vida sana y el envejecimiento», los esfuerzos para que no muramos en desgracia.

Conocemos las proezas que pueden realizar ahora los quirófanos. Es la bata blanca de laboratorio y no la sotana la que toma las riendas, y no es fácil entregar el alma sin saber a quién. El alma puede haber perdido su «más allá», el cuerpo ha ganado terreno con el «más acá».

La muerte nos inquieta porque ha perdido su lugar ritual. Ya no forma parte de la vida. Hoy estamos reconciliando la muerte con la vida. Llevará mucho tiempo. La película de Costa forma parte de este proceso de reconciliación.

Costa levanta el velo, hace una película sobre la muerte.

DOCTOR GRANGE – COAUTOR DEL LIBRO “EL ÚLTIMO SUSPIRO”

(y creador de la unidad de cuidados paliativos en Houdan, Francia)

"Claude, tú sabes lo que tengo. Cuando pierda el conocimiento, quiero que sea rápido, y quiero que cuides de mí. (Personaje de Sidonie (Charlotte Rampling) – en la película)

Los cuidados paliativos son el anti-poder: el paciente decide. Para el médico, es un pacto de confianza con el paciente que responde a las tres necesidades esenciales al final de la vida: no sufrir, no ser abandonado y hacer sólo lo que le parece correcto.

El apoyo incluye el deber constante de comprender las necesidades del paciente: necesidades de presencia, de alivio del dolor, emocionales, afectivas y espirituales. Como demuestra la más amplia experiencia clínica, la medicina paliativa es indispensable para apoyar al paciente en las fases más dolorosas, crónicas y terminales de la enfermedad. Los cuidados paliativos son la expresión más auténtica de la acción humana: consisten en cuidar de los más vulnerables, el símbolo tangible de «estar ahí para los que sufren».

Las facultades de medicina enseñan la medicina curativa hasta tal punto que, para muchos médicos, la muerte se considera un fracaso. A medida que evolucionaba la medicina, probablemente creíamos que podíamos curarlo todo. Por eso la ADMD (Association pour le Droit à Mourir dans la Dignité - creada en 1980) desarrolló la noción de derecho a morir con dignidad, y la SFAP (Société Française d'Accompagnement et de soins palliatifs - creada en 1990) la de cuidados paliativos. Ambas ofrecen «alternativas intermedias» que evitan tanto la obstinación terapéutica como la intencionalidad de dar la muerte.

Cuando la medicina convencional ya no puede curar, hacemos todo lo posible para que el paciente esté lo más cómodo posible, hasta su último aliento.

La dignidad es inalienable. Es el principio constitucional de respeto al ser humano, desde el principio hasta el final de su vida.

*La Ley Leonetti, votada por unanimidad en abril de 2005 - Derecho a un final de vida digno y tranquilo

EDWY PLENEL

Director y periodista Mediapart

¿Qué significa morir?

¿De verdad, concretamente, en el sentido ordinario - de una manera digna de la vida? ¿Cómo aceptar la certeza irrefutable de la muerte? ¿Cómo vivir plenamente hasta el último suspiro? Y lo que es más importante: ¿son la muerte, la pérdida y el dolor realmente incompatibles con la alegría, el humor y la ligereza intrínsecos al espíritu humano?

Estas cuestiones filosóficas y espirituales -cada vez más relevantes en la sociedad actual debido al significativo aumento de la esperanza de vida y a la creciente defensa del derecho a morir con dignidad- conforman la trama de *El último suspiro*.

Pero más allá de su relevancia inmediata, la película pretende cuestionar estos temas, sondeando directamente nuestra relación con la muerte. En línea con el legado de su obra -abordar constantemente las cuestiones urgentes del presente en busca de verdades atemporales-, este vigésimo largometraje del director da voz y poder a lo que a menudo se silencia y oculta. Y, como siempre con Costa-Gavras, es la acción la que aporta sustancia a la narración.

A medida que envejece, un famoso escritor se da cuenta de que es mortal cuando se le detecta una mancha oscura durante una resonancia magnética. En su siguiente examen de seguimiento, conoce a un médico que admira su obra y que dirige una unidad de cuidados paliativos. Así comienza un viaje hasta el umbral mismo de la muerte, en el que el médico guía al escritor a través de la multitud de experiencias humanas con las que se encuentra y las formas en que las supera.

En una especie de diálogo socrático moderno, el médico y el escritor discuten sobre Eros y Tánatos, la vida y la muerte. Se ven envueltos en un torbellino de visitas y encuentros, emociones y revelaciones, sorpresas e incluso sobresaltos. La película narra un conmovedor viaje subterráneo, con el médico como guía y el escritor como viajero, no al centro de la Tierra, sino al corazón mismo de la vida.

En la tradición de lo que ha llegado a definir el cine de Costa-Gavras, *El último suspiro* busca conmover y deleitar. «Nada humano me es ajeno», dijo Terence, y el cineasta comparte este sentimiento. En esta batalla íntima con la muerte, Costa-Gavras se mantiene fiel a Z, con el humanismo como brújula moral: crear un cine que inquiete y, al mismo tiempo, revitalice.

Impulsado por los dos actores principales (Denis Podalydès como el escritor, Kad Merad como el médico), el humor forma parte del viaje. Sin embargo, su complicidad lúdica no disminuye en absoluto lo trágico. A lo largo de la película, la ligereza, lejos de eludir la gravedad, se convierte en su contrapartida esencial.

En resumen, *El último suspiro* es una oda a la vida, incluida la muerte.



Comunicación y Prensa

Yolanda Ferrer – yferrer@wanda.es

Eva Herrero – eva@madavenue.es